

ESTUDIOS DE LITERATURA MEDIEVAL

25 AÑOS DE LA
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE
LITERATURA MEDIEVAL

EDITORAS

ANTONIA MARTÍNEZ PÉREZ
ANA LUISA BAQUERO ESCUDERO

MURCIA
2012



Estudios de literatura medieval : 25 años de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval / editoras Antonia Martínez Pérez, Ana Luisa Baquero Escudero.-- Murcia : Universidad de Murcia. Servicio de Publicaciones, 2012.

968 p.-- (Editum)
ISBN: 978-84-15463-31-3

Literatura medieval-Historia y crítica.
Martínez Pérez, Antonia
Baquero Escudero, Ana Luisa
Universidad de Murcia. Servicio de Publicaciones.

82.09"05/14"

1ª Edición 2012

Reservados todos los derechos. De acuerdo con la legislación vigente, y bajo las sanciones en ella previstas, queda totalmente prohibida la reproducción y/o transmisión parcial o total de este libro, por procedimientos mecánicos o electrónicos, incluyendo fotocopia, grabación magnética, óptica o cualesquiera otros procedimientos que la técnica permita o pueda permitir en el futuro, sin la expresa autorización por escrito de los propietarios del copyright.

© Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2.012



ISBN 978-84-15463-31-3

Depósito Legal MU-921-2012

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Servicio de Publicaciones. Universidad de Murcia
C/ Actor Isidoro Máiquez 9. 30007 MURCIA

DEL CARNAVAL Y DEL TEATRO

FRANCISCO J. FLORES ARROYUELO
Universidad de Murcia

RESUMEN:

A través de un recorrido histórico vamos a tratar cómo el concepto de Fiesta inunda una de las manifestaciones medievales más importantes, el Teatro. Es así que la festividad del Carnaval como propuesta de “mundo al revés” nos plantea un enfoque en materia de estudio desprovisto de frivolidades costumbristas y es en el espíritu del Carnaval (personajes, prototipos, escenas, etc.) en íntima consonancia con el Teatro donde atendemos a la Fiesta en toda su esencia como manifestación medieval más genuina.

Palabras Clave: Teatro, Carnaval.

ABSTRACT:

Across a historical tour we are going to treat how the concept of Holiday floods one of the most important medieval manifestations, the Theatre. It is so the festivity of the Carnival like offer of “ world upside-down “ us raises an approach as for study devoid of levities authors of novels of manners and is in the spirit of the Carnival (prominent figures, prototypes, scenes, etc.) in intimate agreement with the Theatre where we attend to the Holiday in all his essence as more genuine medieval manifestation.

Key Words: Theatre, Carnival.

Si hay un rasgo que defina al Carnaval, fiesta tan antigua como disparatada que en un tiempo en que las últimas manifestaciones del paganismo romano vinieron a confundirse con las propias de las religiones indígenas en una especie de memoria colectiva, desde nuestra perspectiva, como una curiosidad más o menos difusa y poco más, o dicho de otro modo, durante siglos, de dicho modo la quiso contemplar la Iglesia como la fuerza emergente y unificadora que era, y con ella del mismo modo vino a intervenir el poder político, viniendo a configurarse como una condena del teatro con el que muchas veces se confundió, aunque ello desencadenó un forcejeó con la imposición de los numerosos medios coercitivos con que se contaban para que conseguir su prohibición, como podemos constatarlo en muchos de los cánones de los distintos Concilios Visigodos que se celebraron en aquellos siglos primeros y en toda Europa, por más que, ante la imposibilidad de conseguir que las medidas que representaban tal pretensión se hiciesen efectivas, y por haberse refugiado tales ritos festivos o, si se quiere, enquistados en una larga serie de divertimentos propios de las capas populares y, también, ante la imposibilidad de que las medidas que secundaban tales deseos vinieran a cumplirse con cierta eficacia, lo que vino a admitirse como un mal menor, se aceptó considerar que dichas celebraciones, equívocas y opuestas, por cuanto venían a significar respecto a la fe cristiana, debían quedar acumuladas y reducidas a unos contados días, tres en concreto, y que serían los anteriores a la entrada de la Cuaresma, periodo de tiempo de cuarenta días dedicados a la penitencia y abstinencia de carne en su más amplio sentido, y como tal estar destinado a la preparación de la Pascua.

Aquel cúmulo de fiestas en el que todo parecía confundirse, debía obrar a modo de espita que dejase escapar un acopio de energías de difícil contención si se persistía en su proscripción, aunque ello no fue obstáculo para que su celebración continuara haciéndose en los días señalados, hasta alcanzar aquellos en los que las faenas del campo habían quedado atenuadas, alcanzando en muchos lugares los

propios de la Navidad, y aun sobrepasarlos¹⁰³⁶.

Y en cuanto se refiere al Carnaval, como el conjunto de fiestas que le daba forma, lejos de diluirse y tender a su desaparición, pasó a celebrarse sobre mil maneras en una sociedad tan dispar como era la europea de los días medievales, pues se hicieron sobre una larga serie de rituales que unas veces se acogieron a la fórmula de la fórmula de la sustitución, otras del remedo y escarnio, otras de ceremonias simbólicas de significado medio perdido..., viniendo a serlo un gran número de ello sobre situaciones escenificadas..., y siempre más o menos desatinados cuando no regodeándose en la extravagancia y hechos con el fin manifiesto de obrar a modo de liberación y licencia o, si se quiere, con la pretensión de recuperar el orden impuesto por el calendario y la formalidad adoctrinadora que deberían hacerse dominantes durante el resto del año.

Por la apertura a esta casuística y su consecuencia, el Carnaval pasó a ser un tiempo vivido sin frenos ni cortapisas, o así juzgaron algunos que debía serlo por dar en seguir el dictado de la imaginación condicionada sobre el desorden generalizado, o lo que es lo mismo que decir, que los que en dicha fiesta participaban, y tanto en el lado de los actores como en el de los espectadores, podían hacer y deshacer a su antojo desde unos comportamientos tan disparatados como insolentes, y siempre hechos con la pretensión de conseguir que la sociedad cayese en la dinámica del caos para, al final, pues así lo dictaba la presunción esperanzada del detentador del poder, el orden tornaría a encauzarse.

Pero la anarquía y el desbarajuste del Carnaval se fundamentaba en el mismo presupuesto en que soportaba la *sacaea* babilónica en que el monarca, con el fin de que el nuevo año salvase el desequilibrio propio de la naturaleza de aquellas tierras, se retiraba por unos días, siendo sustituido en el trono por un esclavo que pasaba a revestirse de sus poderes e incluso de su harén, pero terminado el plazo el rey tornaba a su sitial y el esclavo pasaba a recibir la muerte¹⁰³⁷.

Si, el Carnaval vino a ser un tiempo en que todo mutaba, en que todo podía ser sustituido; en que el desconocido, por lo que salía de su boca, sabía lo que no debía; en que el rostro pasaba a perderse en una máscara; en el que el hombre vestía de mujer y la mujer de hombre; en que aquellos que querían pasar con discreción y no se supiese de sus fechorías veían que su nombre acompañaba la voz de un coro de gente descarada que decía y decía con voz destemplada y con todo detalle lo que fueron sus hechos que creía secretos... El Carnaval vino a ser un tiempo en el que todo valía y por tanto era posible, en el que las palabras y los gestos se acomodaban tanto al disparate bienintencionado como al que era más que ladino...

Sí, el Carnaval era un tiempo en el que el mundo que sostenía la vida cotidiana se volvía del revés como a veces sucedía en la naturaleza, o así lo parecía, pero ahora lo era a voluntad de los seres humanos, con lo que ello significaba como concepción de cuanto le rodeaba, aunque por otro lado debemos tener en cuenta que el término Carnaval, de procedencia italiana, conllevó sobre sí desde su aceptación en el léxico español a lo largo del siglo XVI, lo que a su vez ha dado lugar a una serie de equívocos que debemos tener en cuenta antes de pasar a saber de las distintas formas anteriores y su adaptación a la sociedad pues, como tal término, si nos atenemos a su etimología, vemos que procede de la palabra *carnevale*, lo que ha conllevado que en más de una ocasión se haya admitido con una etimología un tanto roma como al final ha venido a ser tras recorrer un largo camino, y que era tanto como decir *Carne vale* o *Vale la carne* en el más amplio de los sentidos, y en la que la palabra, liberada de trabas y prohibiciones, y hasta obscena y grosera, era dicha con la mayor destemplanza en lo que venía a ser una sátira desvergonzada o bromas descomedidas capaces de conllevar todas las apariencias, desde la de parecer inocente, y serlo, hasta la de andarse con insolencias mordaces, y siempre desde el amparo que prestaba una máscara que hacía que todo lo dicho viniera a proceder de un ser misterioso, y más si aquel ser conllevaba el añadido atrabiliario

¹⁰³⁶ Juan Tejada, *Colección de cánones y de todos los concilios de la Iglesia de España y de América*, T, V, Parte II, Madrid, 1855.

¹⁰³⁷ Sobre la *sacaea* y otras fiestas del mundo antiguo, ver Francisco J. Flores Arroyuelo, *Fiestas de pueblo*, Murcia, 1990, pp. 31 y ss.

de una vestimenta que le terminaba de hacer irreconocible.

Pero si la palabra *Carnaval* ha tenido su antecedente en la voz italiana *Carnevale*, y ésta en la anterior del bajo latín o, si queremos, del primer italiano, *Carnevelare*, voz compuesta de *carne* y *levare*, con significado de *dejar a un lado la carne*. Es decir, un término con valor temporal por equivaler a un *lapsos* o *plazo exento de carne*, la Cuaresma.

Todo lo cual, en la etapa renacentista hizo, cuando la voz *carnaval* vino a tener el significado de *entrar en los días en que no había carne* o la *carne tenía que ser apartada*.

Más la difusión de la palabra *Carnaval* en España, como llevamos dicho, se produjo a lo largo del siglo XVI teniendo que hacer frente a la resistencia que le opusieron dos términos netamente castellanos: *Carnestolendas* y *Antruejo*, que permanecieron en el lenguaje popular antes de quedar reducidos a los medios rurales donde prosiguieron ajenos a toda novedad, aunque antes no faltaron quienes, en los medios cultos, los utilizaron como sucedió con Juan de la Encina –escritor y músico, así como discípulo de A. de Lebrija–, por lo menos hasta que pasó a la ciudad de Roma, y es que, como es bien sabido, en sus principios fue autor de ciertas obras de tono festivo y popular, como las tituladas *Égloga de Antruejo* y *Égloga del Repeló*, y hasta en el XVII como encontramos en la primera parte del *Quijote* cuando Sancho es manteado *como perro en carnestollendas* (Q, I, 17)¹⁰³⁸.

Aunque antes de proseguir por este camino debemos decir que, a su vez, ambas voces guardaban unas concordancias plenas con la que poco menos que habían pasado a imponerse en el lenguaje por el apoyo que le vino a prestar el artículo determinante personificándolo como *el Carnaval*, aunque todavía dijese desde una concepción de la fiesta en función de los días de penitencias y abstinencias, la Cuaresma, aunque poco a poco, aquella equivalencia se fue desvaneciendo para terminar quebrándose.

Pero veamos que *Carnestolendas*, tal como nos dice el *Diccionario de Autoridades*, es palabra compuesta de las latinas *Caro* y *Tollo* con significado de *Carne que se ha de levantar*, o *quitar*, que en el siglo XIII dio la palabra castellana *Carnestollendas* que pasó a *Carnestolendas* en el siguiente, o prosiguieron las dos en determinados lugares, y siempre para designar el domingo anterior a la Cuaresma, aunque, con el paso del tiempo, hasta llegar al XVII, como leemos en *El gran tacaño*, en que Quevedo la utilizó como sinónima de *tiempo de fiesta*, aunque por otro lado, a comienzos del mismo, Sebastián de Cobarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana...*, proyectó en dos sentidos su significado: por un lado dijo de la *abstinencia de carne* con lo que la remitía a la Cuaresma para hacer de ella una especie de muro de contención ante ciertas posturas licenciosas, pues añadió la afirmación que era tiempo de *algún entretenimiento*, como el de *correr gallos*, porque son *muy lascivos*, aunque a renglón seguido puso las cosas en su sitio añadiendo que era *para significar la luxuria que debe ser reprimida en todo tiempo, y especialmente en la Quaresma...*

Y es que este autor, por el miramiento y consideración que le merecía la Cuaresma, puntualizó también que *llamamos carnal el tiempo del año que se come carne, en respeto de la quaresma, y los días cercanos a ella llamamos carnaval*, con lo que nos encontramos que tanto una acepción como la otra se empleaban ya en el uso del castellano culto¹⁰³⁹...

En cuanto hace a la segunda voz, *Antruejo*, sabemos que perteneció al castellano antiguo por haber sido una modificación de la primitiva *entroido* que, a su vez, lo fue de la latina *introitus* (entrada), palabra de origen litúrgico que está bien documentada en el bajo latín, aunque llegó a la forma que conocemos en castellano por la influencia que ejerció sobre ella el verbo *entroidar* que

¹⁰³⁸ En la edición de 1605 se lee *carnestolendas*. En la literatura latina y española hay referencias a holgarse manteando a los perros por *carnestolendas* (Suetonio, Marcial, Mateo Alemán, Espinel, *La Celestina*, Salas Barbadillo...). Sobre este motivo, ver nota 221 de la edición crítica del *Quijote* de Vicente Gaos, T. I, Madrid, 1987, pp. 336.

¹⁰³⁹ Sebastián de Cobarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o Española*, Madrid, 1977. El permiso de edición fue concedido por Felipe III, en 1610. Ver las voces *Carnestolendas*, de la que dijo que era forma corrompida ya que también se decía *carrastollenda*, y *carnal*. La voz *Carnaval* no aparece en esta compilación de términos castellanos, así como de otras que aparecen en las páginas siguientes.

dio *antruedar*>*antruejar*; debido a la influencia de la antigua locución castellana *trebejar* o *jugar*, lo que explica la aparición en ella de la *j*, con lo que dejó de ser un enigma lingüístico poco menos que inextricable, por haber sido esta palabra, como nos ha dejado dicho J. Corominas, el resultado de un cruce producido entre los vocablos *entroidar* y *antruejar*, un verbo que ha permaneció vivo en portugués en la forma de *entrudar* con significado de *dirigir pullas en Carnaval*, y como tal ser semejante al que ha permanecido usándose en algunas regiones españolas (Asturias, Galicia, Canarias, Extremadura...), Y es que la influencia de *trebejar* se dejó sentir una vez que ambos términos entraron en contacto, lo que explica la presencia de la sílaba final *jar*¹⁰⁴⁰.

El Carnaval, de esta forma, pasó a ser tenido por la participación a tiempo fijo en un juego, con su entrada y su salida, y sobre ello, serlo también por un plazo ritual en el que podían dirimir desde burlas y chanzas hasta ajustes de cuentas mal saldadas o propias de un esparcimiento liberador que se correspondían con dos formas de comprender y participar de la fiesta, y hasta de la vida, lo que hizo que aquella especie de encrucijada o encuentro en el que confluían los que lo hacían tanto como histriones de unas formas obstinadas y un tanto desenfadadas, como eran las que solían concurrir, lo pareciera o no y a su pesar, y como espectadores más o menos pasivos, pues demasiado bien sabían que estaban pisando un terreno de arenas movedizas que podían hacer que se supiera de ciertos rigores.

El Carnaval vino a ser un juego poderoso que formaba parte de un rito festivo y, como tal, pronto fue tan deseado como esperado por unos, y tan desdeñado y temido por ser considerado humillante y hasta innecesario por otros, y es que no en vano *juego* es palabra que procede de las latinas *iocus* y *jocari*, con significado y sentido de chanza, de burla, de broma..., y como tales evolucionaron para terminar dotándose de un valor verbal que las condujo a *burlar*, *engañar*, *bromear*..., lo que unido a *rito* pasó a formar parte de una rotación periódica que la delimitaba temporalmente, mientras que *fiesta*, un término semiculto procedente del latín *festum* que pasó al bajo latín como *fiesta* para, tras seguir un proceso propio en un medio culto, y hacerlo en el plural *festus* como adjetivo antes de que se le adjudicase un valor de sustantivo, lo cual nos conduce a que se deba reconocer como un tiempo de *descanso* o *entretención*, antes de su prosecución pues no en vano su origen había venido a quedar fijado en el *Génesis*.

Pero hay más en *fiesta* ya que su raíz indoeuropea *dhes* la venimos a encontramos en una larga serie de términos religiosos latinos, tales como *Dios*, *politeísmo*, *teocracia*... Y sobre esta raíz tenemos las latinas *feriae* y *fiesta* con el sentido primero de *espacio temporal dedicado al reposo*, para, más adelante ser aplicado a *dominica* o día del Señor, y por extensión a toda diversión o regocijo dispuesto temporalmente para que el pueblo se recree, como dice el *DRA* en sus acepciones 4-5, y a las que se podría añadir que lo fuese periódicamente.

Con estas voces podemos añadir el término *farsa*, del francés *farse*, femenino de *fars*, con significado de *relleno*, y que llegó a España durante el siglo XVI para aplicarse muy pronto al teatro donde lo encontramos como *Farsa Sacramental*, *Farça a manera de tragedia*..., y con ella, por apertura semántica, a *farsante*, *farsanta*, *farsista*, *farsear*, y otros¹⁰⁴¹. Junto a estas palabras, y relacionada con *jugar* tenemos *jugar*, a la que volveremos en su momento.

Pero la *fiesta* y el *juego* fueron términos que implicaban acciones que estaban destinadas a quedar unidas, y entre los diversos juegos festivos figuraron los propios de la imitación escénica o representación, lo que hizo que los actores pasaron a ser *representantes*, y la acción de *jugar* fue sinónima de la de *representar* como vemos que ha quedado en el francés, viniendo por ello a que lo indefinido y lo definido, lo ambiguo y lo delimitado, lo amable y lo desagradable..., se mostrasen unidos aunque lo fuesen solamente por unos leves puntos de sutura pero suficientes para ensamblar durante un cierto tiempo, el suficiente, para que la fiesta llegara a su fin.

¹⁰⁴⁰ J. Corominas, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, T. I, Madrid, 1991. Ver las voces *Carnaval*, *Carnestolendas*, *Antruejo*.

¹⁰⁴¹ J. Coromina, *Opus cit.*, T. II, p. 872a.

Por todo cuanto registramos: la farsa, el juego, la representación, la fiesta, la broma, el escarnio, la sensación de libertad circunscrita a un tiempo con su principio o fin que conllevaba la participación en una ficción que corría la aventura de serlo para dejar de serlo para que la vida prosiguiera, condujeron a la aceptación del Carnaval como una necesidad apremiante en toda sociedad.

Y si hemos de buscar los frutos propios del impulso que permitía confiarse y dejarse guiar de los instintos y querencias por no decir de los estímulos y atavismos ladinos que habían parecido estar adormecidos; de las ojerizas y tirrias sostenidas sobre el difícil equilibrio del disimulo y el tapujo de ciertas formas; de los rescoldos de ciertos rencores e inquinas nunca terminados de apagar; de las bromas tan ingenuas como repetitivas y las más de las veces mal calculadas...; y siempre, como llevamos dicho, hechas desde el anonimato, pues de dicho modo debían cumplimentarse...

Por todo lo apuntado, pronto reparamos en que cuanto sucedía en dichos días, era posible porque había podido pasar a ser parte de una farsa con ribetes de cierta *verdad* consentida o, mejor, si queremos, de una *evidencia* llevada a una representación que cumpliría desde la condición de partir del equívoco propio de todo disfraz, de toda máscara, de toda voz que decía con timbre de faldete y que nadie acertaba a confesar que reconocía si de tal forma era, para, al final, todo aquel tapujo de tramoya precipitada y de apariencia ridícula, se convirtiera en una certidumbre que decía más de una evidencia que de otra cosa, y que hasta entonces parecía desconocerse por estar cubierta por el manto mágico que permitía contemplar a los humanos desnudos de las galas con que a lo largo del resto del año disimularían sus vergüenzas con ciertos talentos pasaderos y aceptados por los que siempre han sabido esperar.

Con ello, si queremos ver en esa verdad despiadada en que por su naturaleza se había de convertir lo que sucede durante los días del Carnaval, y así debía serlo porque únicamente sólo se apoyaba en esa realidad paralela en que nos proyectamos, como es toda representación escénica.

Si, el Carnaval fue y es una representación que, para llegar a serlo, ha tenido que recurrir a la llave mágica de la ficción sentida como lo que en verdad es, una realidad tan posible como equidistante y afín, una realidad de la que se huye y a la que los humanos, vez tras vez, salimos a su encuentro, junto a que, como el rito festivo que la establece y ordena –pues no en vano es la más antigua de cuantas representaciones la humanidad ha tenido en sus diferentes culturas–, hasta la que podemos encontrar en el más humilde pueblo español de nuestros días, con independencia de que se haya dulcificado por el empeño puesto por los políticos con sus recetas de talonario bancario capaces de aplacar los temores y celos que les dominan: por la retirada a los cuarteles de invierno de la magra Cuaresma; por la presencia machacona de una información que nos abrumó con mil noticias para que, de pronto, pasaran a dejar de serlo porque la que viene pidiendo paso irrumpe para dejarla que caiga en el olvido..., con lo que se ha llegado a que no se sepa cómo y dónde acaba todo lo que dijeron que había sucedido; o si queremos, consecuencia de que casi todo el año, por una causa u otra, siempre se vive en Carnaval.

Pero, muy pronto, sobre lo que llevamos referido, pasamos a adquirir una clara noción de hacia donde hemos ido a dar con unos términos que poseen el germen de la firmeza sobre lo versátil a la vez que dicen y confunden, y que no son otros que *fiesta* y *representación*, pues no en vano, a su vez, nos conducen a que formemos parte como testigos de una aventura singular, dado que al que participa de su realidad, lo mismo viene a servir de entretenimiento como de revelación y desahogo para, al final, hacer que discurra el tiempo sin que incomode, y que, y es lo más importante, por él se participe de la vida en sus mil formas aunque, como juego que nunca deja de ser, tenga que acoplarse al cumplimiento de las reglas que lo fundamentan y sostienen, y que han sido dispuestas para que su trama sea válida, lo que a su vez hace que tengan que ser aceptadas de antemano por los que concurren a participar en él¹⁰⁴².

Con ello dicho, así mismo ha de admitirse que el Carnaval, como la fiesta que ha sido, y que más

¹⁰⁴² Johan Huizinga, *Homo ludens*, Madrid, 1972.

que reducida y estrecha ha venido a quedar, se mostró siempre cuando lo hizo en su razón de ser, dotada de un cierto misterio que la hacía ambivalente con la naturaleza en que, desde un principio se miró, por hacerlo sobre un cierto mimetismo en cuanto tocaba al orden y desorden que por igual presentó en su devenir. Y junto a ello se ha de admitir que en cada momento de su pasado, se mostró como un reflejo de la sociedad en que se había acomodado y, como tal, para hacerlo sobre una variedad de formas que por otro lado se correspondían con los estratos que en cada momento ésta presentaba.

Pero en España, y en una comunidad tan heterogénea como era la de los siglos medievales, donde el control social se ejercía desde dos polos que se extrañaban y rechazaban cuando no aparecían unidos, como eran los propios de los poderes político y religioso, el Carnaval, salvo en los pequeñas aldeas y hábitat rurales en que aparecía dejado a su suerte, se hizo sobre un orden que se correspondía con el que imponía el detentador de la autoridad política, y en lo que podemos calificar de espectáculo circunscrito a determinados presupuestos, en los que no faltaba la farsa más o menos permisible, que tenía como fin principal producir risa, un bien generoso a la vez que una consecuencia.

Un ejemplo que puede servirnos para ilustrar cuanto indicamos, se encuentra en las páginas de la *Crónica* de mediados del siglo XV, que recoge los hechos que se sucedieron en una parte de la vida del condestable don Lucas de Iranzo, y en las que percibimos con nitidez cómo se celebraba el carnaval y en qué consistía su celebración en una ciudad de frontera como era Jaén en aquel siglo.

Así, se nos dice, el motivo de su celebración fue que *el domingo de Carnestollendas* se habían presentado ante el condestable el alcaide de Cambil en compañía de tres o cuatro caballeros moros granadinos con la pretensión y fin de encontrar una solución a ciertos negocios, y el condestable, *porque ouiesen placer*, mandó a todos los caballeros de su casa que por dicho motivo jugasen cañas, como hicieron, y del mismo modo fueron agasajados al día siguiente por la noche en que se le vio en compañía de dichos invitados marchando por las calles de la ciudad que habían sido iluminadas con cientos de antorchas y faroles, para llegar a la plaza donde pudieron disfrutar *de muy gentiles momos y personajes, con nuevas invenciones, que dançaban e baylauan muy discretamente. E tantas eran las gritas e boces que la gente daba, y el estruendo de las tronpetas e atabales e otros estormentes..., que los moros quedaron marauillados.*

Pero el *martes de Carnestollendas*, llegada ya la oscuridad de la noche, y *por continuar placeres*, el condestable mandó hacer en la plaza una gran hoguera así que las calles de la ciudad estuvieran limpias y *adereçadas* de alfombras, paños franceses, un dosel de brocado donde habían de cenar, así como muchas antorchas... *e mandó traer vn loco que se llamaua Maestre de Santiago, en una facanea* (caballo de poca alzada) *muy bien vestido de seda, e descaualgó e sentose en vna silla junto al condestable y señora condesa*, así como invitados y caballeros, escuderos, dueñas, doncellas, y rodeados *por gente plebea* que hasta andaban por los tejado y *por todos los otros miradores.*

Y tras correr sortijas en las que Pero Gómes de Ocaña, balletero de maza del condestable, las ganó por tres veces, acudieron corriendo todos los pajes *con porras de cuero enbotidas de lana; e por mandado del dicho Maestre, diciendo que era su vasallo* (dirigiéndose al condestable), *y a su Maestre diéronle tantos porrazos que lo pudieran de matar, fasta que lo corrieron de allí.* Y una vez acabada la farsa, el condestable y la condesa, y acompañantes, se sentaron a cenar, para hacerlo a continuación los caballeros, escuderos y otras gentes, para lo que trajeron *ende estaua, de muchas gallinas e perdices e cabritos, e pasteles y quesos frescos, y quesillas y otras frutas de diversas maneras, en tan grand abundancia que la gente se dauan vnos a otros con ello.*

Terminada la colación, se presentaron ante el estrado dos grupos *de momos con falsos visajes*, haciéndolo el primero vestidos con ropas de fino paño blanco, *todas entretalladas de llamas de fuego*, mientras el segundo llevaban unos mantos cortos negros con bordados, *e dançaron muy gentilmente, gran rato*, para hacerlo a continuación el condestable y la condesa, y el comendador con doña Juana..., con lo que tanto el alcaide de Canbill como los moros *estauan muy marauillados.*

Pero la fiesta no terminó allí, porque nada más hacerse el silencio de la música, dieron en aparecer ciento cincuenta hortelanos con las cabezas armadas de capacetes y cascos redondos muy limpios,

llevando cada uno en sus manos tres o cuatro calabazas largas y secas, con lo que dio inicio el *torneo* siguiente: *E reboluieron roydo entre sí, e dieron tantos de golpes con las calabaças por como de las cabeças, que tan grand roydo facían, e con el toque de las trompetas e atabales, que no paresçía sino la más braua pelea del mundo. Fue cosa por çierto que a todos bien paresçió; mayormente a los moros, que dicien unos a otros axudy*¹⁰⁴³.

El Carnaval, durante la Baja Edad Media, como se desprende de lo que hemos visto de las fiestas de Jaén, se celebró de dos maneras bien diferenciadas entre sí: una, según estaba establecido y consentido por los detentadores del poder, y a cuya celebración no asistía ningún eclesiástico para evitar equívocos y guardar las formas, lo que hacía que en el fondo de dicha fiesta, viniera a ser una más de las muchas que se sucedían a lo largo del año por los más diversos motivos, y en ella, los participantes del pueblo y los momos, lo hicieran desde unas posiciones que estaban reglamentadas, mientras que por otro estaba el Carnaval popular de las pequeñas aldeas o zonas rurales en el que, bajo la caracterización de mascaradas, se participaba de unos rituales en forma de farsas ancestrales que carecían de un posible origen que las iluminase en sus inicios, y en las que unos personajes que eran verdaderos prototipos-símbolos de difícil, o más que imposible, interpretación, ya que, por lo general, carecían de significado por haberse perdido, viniendo a aparecer los personajes concurrentes caracterizados de figurones extraños y familiares a la vez por serlo de una mitología perdida y que había sido utilizada una y otra vez para que, al final, se dijese lo que no se *podía* decir, para que se pudiese participar de lo prohibido desde la ilusión de hacerlo desde la libertad, y aunque sólo fuese por unos días.

De ahí que no pueda extrañarnos cómo se llevaban a cabo las celebraciones del Carnaval en una sociedad como era la española del siglo XVII, donde la presencia de la ciudad, con su mayor o menor masa de población, había pasado a adquirir un peso determinante, junto a otras circunstancias.

Con ello, el Carnaval de las aldeas y caseríos repartidos en los campos, y los lugarejos perdidos en los miles de paisajes que España poseía, pasaron a caer en ecos del silencio que los hizo poco menos que inexistentes, mientras que otros, como era el de los sirvientes y lacayos de la gente principal, siempre jactanciosos y bravucones cuando no desvergonzados, y los que colmaban el último escalón la sociedad de las ciudades en la que brillaba cierta nobleza. Y por último quedaba el estrato en que concurrían los que gustaban mostrarse celosos de su poder sobre unos comportamientos linajudos y graves, así como no menos rancios y protocolarios, pues no en vano por un lado se mostraban apegados a una tradición que los justificaba, mientras que por otro, se sentían orgullosos de lo que admitían como un bien patrimonial que no era otro que su alto destino, con independencia de que estuvieran buena parte del año pendientes de si arribaba a buen puerto o no la flota de Indias con la plata que serviría para pagar las deudas contraídas con los prestamistas de turno, siempre quisquillosos y exigentes.

Al final, se tomase el camino que se admitiera como más oportuno, todo conducía a que tanto el monarca como su nobleza, se comportase como lo hacían, unos pocos gobernando, y otros muchos pasando el día a día matando el tiempo mientras iban o venían por las salas y antesalas del Alcázar Real a la espera de ser recibidos por los que tenían poder para marcar un antes y un después en su deseado y alto destino, o esperando una llamada que rompiese la paz desesperante de su destierro o poco menos de la casa palacio de sus estados...

Todos, y tanto los españoles de solar conocido como de baja estofa que les servía, menos el pueblo llano que prefirió obrar por su cuenta sin salirse mucho de sus barrios, como vendría a suceder durante el siglo XIX, dieron siempre en participar en los festejos del Carnaval como si ésta viniera a ser una fiesta de obligación, pues salvo lutos inoportunos, así pareció que lo era.

Y la gente de palacio con los reyes a la cabeza, celebraron el Carnaval de una forma tan discreta que sin haber llegado a nosotros ciertas *relaciones* que de ellas se escribieron, nos sería más que difícil

¹⁰⁴³ *Hechos del Condestable don Lucas de Iranzo*, edición de Juan de Mata Carriazo, Madrid, 1940, pp. 111 y ss. En las fiestas de Carnaval del año siguiente, las fiestas de dicho Carnaval fueron en todo semejantes a las referidas, pp. 163 y ss.

imaginar cómo lo fueron, pero éstas, felizmente, las tenemos en virtud de la afición de dejar buenas notas de cuanto sucedía mostrada por los memorialistas que a ello se dedicaron, y entre los cuales debemos comprender a los Padres Jesuitas que en todo momento gustaron de cruzarse cartas con informaciones variadas de cuanto sucedía, como vemos en la que el P. Francisco Sánchez, de fecha 9 de febrero de 1638, tuvo a bien decir de las fiestas de carnaval celebradas en palacio de dicho año, alegando que *algún desenfado han de tener las ocupaciones grandes de todo el año*¹⁰⁴⁴.

Así, en una de ellas, junto a funciones religiosas, correr lanzas y sortijas, cabalgatas de caracol..., se nos dice que el domingo de Carnestolendas hubo comedias en el palacio de Buen Retiro; que el lunes se hizo una máscara con danza de seis hombres y seis mujeres que vistieron trajes *estremados*...; y que en el entretenimiento correspondiente al martes de Carnaval, en el que por más que estuviera expresamente prohibido y perseguido por la Iglesia, que las mujeres se disfrazaran de hombres y los hombres de mujeres por la razón de que pudiera ocasionar que se dieran atracciones equívocas, lo que no debió tenerse en cuenta con mucho celo en ciertas ocasiones, por que se saben que estos rigores no debieron serlo tanto en la corte de Felipe IV ya que, como es conocido, tal divertimento sucedió una vez más en la escenificación que se hizo en palacio de un entremés que trataba de la boda fingida de una damita, un espectáculo que estuvo muy concurrido por lo que se refiere a los cortesanos curiosos y menos curiosos pero siempre atentos a las *cosas* de palacio.

La verdad es que debió merecer la pena pues no faltaron disfraces de todo tipo según se desprende de lo que encontramos dicho en una carta del jesuita P. Sebastián González en la que vino a dar cuenta de ella a un compañero de orden en la que hizo relación de los personajes y de quienes los representaron; así sabemos que actuó de portero “el señor Conde-Duque; salieron vestidos de alabarderos á lo tudesco el conde de Oropesa, el conde de Aguilar, el marqués de la Guardia, D. Francisco de Luzón y otros; de gentiles- hombres, el conde de Puño en rostro, el duque de Hajar, etc., de dueñas D. Jaime de Cárdenas, D. Francisco de Cisneros, etc., de damas el Almirante, el conde de Grajal, el conde de Villalba, el marqués de Aytona, etc. La Reina hizo el obrero mayor, que se llama Carbonel; al rey un ayuda de cámara viejo; al príncipe el duque de Pastrana, la novia fue otro ayuda de cámara viejo de muy mala cara, y el novio Zapatilla. Llevaban doce pajes hijos de señores. Los gentiles.-hombres entraron en caballos de caña. Hizo oficio de patriarca el conde de la Monclova, que era el que había de casar a los novios. Hubo su modo de sarao y dichos, que cada uno llevaba estudiados, y á algunos no le ayudaba la memoria y sacaban su papel e iban diciendo lo que les tocaba por él, ayudados para leer de una candelilla. Los trajes fueron ridículos y de grande entretenimiento. Lo demás no fue de tanta consideración como se pensó. A algunos no ha parecido tan ajustado á la decencia el traje, aun para burlas á las personas que lo llevaban; mas como fue fiesta otros lo excusan, y esto entre solos los de Palacio y criados de SS. MM. que estuvieron, y así no hizo tanta disonancia á algunos”¹⁰⁴⁵.

Aunque, y sin abandonar del todo el ámbito cerrado de la corte, los criados y asistentes, también tenían sus maneras bulliciosas, y más que chuscas, y hasta desenfadadas y escandalosas, de participar en el Carnaval y que igualmente lo sabemos por otra carta del año 1642, del Padre Pereyra, que se incluye en la misma colección de documentos: “Desnudo en carnes un hombre y puso una corona de papel á la cabeza, y un cetro ó bastón en la mano, y una cadena como Jasón al cuello, y su espada en el tahalí y dos pages con hachas encendidas delante y otros dos detrás para mejor ser visto. A las diez de noche salió acompañado de otros pocos con gran copia de chirimías tocando delante por las calles principales, y los que oían el ruido salían a sus ventanas, entendiendo que era el santísimo

¹⁰⁴⁴ Ver *Cartas de algunos PP. de la compañía de Jesús sobre los sucesos de la monarquía entre los años de 1634 y 1648. Tomo II, que comprende desde enero de 1637 a 17 de agosto de 1638*. Corresponde al T. XIV del *Memorial Histórico Español (MHE)*, Madrid, 1862, p. 347. En una carta de fecha 16 de febrero del mismo año, se dice que entre los entretenimientos que se llevaron a cabo durante todos los días en el Palacio de Buen Retiro, en una mojianga salió *el Almirante vestido de mujer*; *Opus cit.*, p. 335.

¹⁰⁴⁵ *Cartas de algunos PP. de la Compañía...* T II, del tomo XIV del *MHE*, de fecha 23 de febrero 1638, pp. 336 y ss.

Sacramento para adorarle, y como la figura veía las mujeres a las ventanas, volvíase á ellas, y así él como los acompañantes les decían muchas desvergüenzas: y llegando á la puerta de la Virreina, como su Alteza es tan devota, y sus damas, salieron con su celo cristiano con mucha prisa á las ventanas á hacer la divina adoración, y en viéndolas fueron sin cuento las desvergüenzas de palabras y hechos que hicieron con ademanes y meneos. Dícese que el desvergonzado era un cochero, y que de repente cayó malo, y estaba muy al cabo y que de pages eran de su Alteza (Don Juan de Austria a la edad de 11 años), y que los tiene encerrados en un aposento, sin darles mas que pan y agua, y que están presos los chirimías...¹⁰⁴⁶, y ya se añade que como consecuencia de dicho suceso que no nos atrevemos a catalogar de festivo, Su Alteza quedó *muy corrida*.

Sí, el Carnaval europeo, con sus antecedentes romanos con fiestas como la *Lupercalia*, las *Kalendas de Jano*, las *Saturnalias*..., para pasar a ser una especie de remedo de ellas sobre las más diversas variantes y transformaciones en los siglos oscuros del tránsito de la Antigüedad a la Alta Edad Media para ya proseguir como propias, lo que tuvo unas consecuencias que condujeron a un nuevo y declarado enfrentamiento entre el cristianismo y los restos del paganismo que por dicha fiesta se admitió que pervivía de una forma más o menos larvada, y hasta de ser obra manifiesta del diablo, dado que, y bien de una forma u otra, de dicho modo se admitió su presencia en él, o lo que es lo mismo que decir que las numerosas fiestas del Carnaval que se debieron formar en los primeros siglos del cristianismo, para continuar perviviendo durante siglos sobre acosos y persecuciones más o menos declarados, aunque la verdad es que siempre lo fue en función de la Cuaresma¹⁰⁴⁷.

Todo coadyuvó a que el Carnaval se presentase sobre mil rituales festivos que conllevaban otras tantas caracterizaciones simbólicas, y hasta otros significados posibles, sobre otros tantos que quedaron perdidos, pues ya se trataba de una pervivencia tan oportuna como ocasional que, a la vez, era prosecución y ruptura por serlo sobre lo extravagante y descomedido a la hora de decir de la perpetuación de la vida.

Más, tal como hemos visto, durante el siglo XVII, el Carnaval, en su forma teatral, lo encontramos como representación de un entremés que sin duda fue escrito para la ocasión por algún ingenio de la corte, y en él se escenificó el casamiento fingido de una damita, y su puesta en escena fue en los salones del Alcázar Real del rey de las Españas y, con ello, pero en otros ámbitos, hemos sabido de otro Carnaval con alusiones a héroes mitológicos que se desarrollaron dentro de los cauces vocingleros de una cabalgata disparatada por las calles de la ciudad de Mérida en las altas horas de la noche, y con ello, ambas formas de celebrarlo pueden parecernos los dos extremos de esta fiesta en aquellos días pero, si nos decidimos a buscar entre otros hombres y otros espacios de España, pronto tropezaremos con otras carnavaladas de estampa diferente que habían pervivido sin más razón de la que toda comunidad tiene de cumplir con lo heredado, y que durante siglos vinieron a cumplirse en los más distintos medios sociales ante los ojos espantados de algunos curas párrocos que de dicha manera tuvieron motivos para clamar en el desierto, pues las imágenes que habían ido sucediéndose a lo largo de los días de Carnaval en su pueblo, sólo podían ser obra de la maldad y la perversión diabólica, pero esa es otra historia.

Con estas palabras no pretendo sumarme a la legión de antropólogos y folkloristas que

¹⁰⁴⁶ *Cartas de algunos PP. de la Compañía de Jesús...* T. IV, 19 de febrero de 1642, (*Disfraz de Mérida*), T. XVI, pp. 268 y ss.

¹⁰⁴⁷ Julio Caro Baroja, en su libro *El Carnaval*, Madrid, 1965, pp. 11 y ss., defendió la tesis de que la fiesta del Carnaval tuvo su origen en la presencia de la Cuaresma en una determinada fase del año, la inmediatamente anterior a su entrada con el miércoles de ceniza, y junto a ello dijo con acierto del valor que se debe otorgar en ella al tiempo...

llevados de un entusiasmo por saber, han dicho de las raíces de los carnavales de cierto pueblo sobre razonamientos aleatdicen, de sus raíces, han encontrado razones tras andarse con casuísticas suficientes que les explicaban los más que diferentes y, al mismo tiempo, trabados rituales carnavalescos tal como nos han llegado en numerosos pueblos y aldeas de ciertos valles, y así mismo de otras manifestaciones sociales ya fuesen festivas o no para, al final,, dar en decirnos que vienen a ser unas *supervivencias* que consiguieron sobrevivir a lo largo de los tiempos. Pero ello es algo con lo que hemos de tener cuidado porque una cosa es la continuidad sobre variaciones de mayor o menor calado de un rito festivo, y otra muy distinta la repetición formal, sólo formal, de un ritual que en su momento perdió el significado y la caracterización de los personajes-símbolos que lo argumentan con un cierto o vario sentido, lo que hace de ellos, como veremos, que tengamos que contemplarlos como rituales fosilizados obre ciertas actualizaciones imposibles de reconocer en lo que fue su germen y proyecciones primeras.

Pero los problemas que presentan la presencia de estos ritos en los siglos XX y XXI o, si queremos, exteriorizaron también en los siglos XVII y XVIII, por no seguir más atrás, y en unas proporciones desmedidas pues es más que difícil que puedan ser explicados sólo por la persistencia de una continuidad de escalones que permitiera poder alcanzar su origen, por ejemplo, una fiesta latina de carácter mágico-religioso pues en las más de las ocasiones, sin duda, se perdieron los propósitos que establecieron sus inicios, que fundamentaron el por qué de sus inicios.

Y es que si pudo saberse de ello en su principio más o menos holgado, llegó un momento en que lo que había de simbólico en su núcleo, y con ello tanto en los elementos que lo componían como en la sucesión de acciones de los protagonistas de la fiesta, llegado a un punto, pasó a desaparecer, quedando sólo el caparazón del rito para que pudiera continuar existiendo como tal rito, pues ese era su destino –permanecer sobre la repetición como podemos percibir en muchos de ellos–, y más aun en nuestros días donde muchas de esta fiestas de Carnaval, aparte de lo que conllevan como festejo, a lo que aspiran de manera vehemente es a ser subvencionado una vez que haya sido declaradas de interés turístico, pues ese es el sino de la fiesta heredada en nuestro tiempo.

Pero si la fiesta de Carnaval ha llegado a donde lo ha hecho, no debe quitar para que debamos persistir en la búsqueda de alguno de los posibles eslabones que nos permitan saber cómo fue posible que año tras año se haya verificado esa continuidad, aunque a veces lo haya sido en partes mínimas, y el porqué de la incorporación de nuevos elementos a ella, y de la persistencia del rito.